

Viejas Postales Descoloridas

POR FEDERICO VILLOCH

NOCHES de TACÓN

NOS paseábamos una tarde por el estrecho y sombrío patio del teatro «Nacional», tan distinto de aquel otro, amplio y luminoso, del antiguo «Tacón», cuando un viejo profesor de música, amigo particular y primer colaborador teatral nuestro, el maestro Fraguita—de aquellos que tanto se hacían aplaudir en las grandes orquestas en noches de ópera—se acercó efusivo a nosotros para acompañarnos en la evocación de los recuerdos, que, bien a las claras se veía, nos embargaban en aquellos instantes. ¿De qué van a hablar, cuando el azar los reúne, dos viejos profesionales del teatro? Surgieron, pues, de los misteriosos escotillones de la memoria, las amenas noches de «Tacón», que nos deleitaron en pasados tiempos; y allí fué el hablar sin tregua de las temporadas, actores y compañías que tanta gloria, aplausos y provechos habían conquistado en el amplio y cómodo escenario del histórico coliseo habanero, levantado por don Francisco Martí en tiempos del General Tacón el año 1836, según reza la lápida conmemorativa que se conserva en el patio del referido teatro. Hablar largo y detenidamente de cada una de las compañías que actuaron en aquel coliseo durante los años que permaneció abierto al público, hubiera sido cosa de no acabar nunca, así que nos concretamos, como se comprenderá, a aquellas que, por uno y otro motivo, se señalaron con mayor relieve dejando en nosotros su recuerdo. Además, como habrán tenido ocasión de observar nuestros benévolo lectores, los asuntos que tratamos en estas postales, no van más atrás de cincuenta años, ciclo que corresponde al período contemporáneo de nuestra historia social, del que pueden darse cuenta y apreciarlo sólo los que, lector o autor, lo hayan vivido.

Y con el recuerdo de aquellas temporadas, vinieron también a nuestra memoria los de los empleados que durante tantos años prestaron sus servicios a los propietarios del Teatro, la familia heredera del célebre Pancho Martí, siempre con la honradez y la fidelidad más acrisolada: Facenda, Ramón Gutiérrez, Domínguez y los que perduraron más que todos en la casa: Sabino Delmonte, el taquillero más popular de la Habana, y el hombre de las «maldades de buen humor» y los cuentos chistosos; y también el activo y constante galleguito «Maximinín», que desde mozo servía con

la más fervorosa dedicación a la familia de los Martí, hasta que éstos traspasaron la propiedad del teatro a la asociación del Centro Gallego. Sabino y «Maximinín» eran del «Teatro Tacón». El primero guardaba en la memoria las «hojas» de las principales compañías que habían actuado en el teatro; el producto total de sus primeras entradas, el brillante resultado de los beneficios más notables que en el mismo se habían llevado a cabo—el del tenor Aramburo, el de Sarah, el de la Vitaliani, la Mariani, la Guerrero, Vico, etc., etc.—los pingües sueldos que ganaron los más famosos artistas contratados para funcionar en aquél, desde Coquellín hasta Larra, Novelli, etc., etc.; el segundo, «Maximinín», era un almacén de chascarrillos, cuentos y frases de los actores y actrices de renombre que habían pasado por aquel escenario—tan enorme que casi se podía dar en él una corrida de toros—si bien costaba Dios y ayuda enterarse en definitiva de lo que el bueno de «Maximinín» intentaba referirles a sus oyentes, con aquella su característica manera de hablar a trancos, sembrada de inesperadas elipsis, frases gerolíficas y períodos cortados en lo más interesante de la narración.

—Pero me abismas con tu conversación «sincopada», «Maximinín»—le decía Rendueles, un chistoso periodista madrileño que venía representando a la compañía de don Antonio Vico. —¿Qué es lo que quieres decir? Habla claro.

—Pues, verá usted—le contestaba «Maximinín»—no es que yo... bueno; pero en fin... y no lo digo yo, que lo dicen los «tramoístas»...

Los viejos tramoyistas de «Tacón» eran la autoridad indiscutible para el bueno de «Maximinín». A su fe se acogía siempre que quería testificar algún suceso importante, o buscaba una base para sustentar sus creencias. Lo que se explica teniendo en cuenta que su mocedad se había desarrollado entre aquéllos, siendo sus guías y maestros en aquel su único mundo que era el escenario del teatro «Tacón». Cuando se intentó venderle éste al gobierno de la Primera República—lo que no llegó a efectuarse por haberse enfermado de «angina grave» el Presidente Estrada Palma—«Maximinín» sufrió lo indecible, suponiendo su probable desplazamiento una vez que pasara el coliseo a manos oficiales; pero, en cambio, respiró hondo y fuerte, en cuanto dieron comienzo los primeros pasos para comprarlo el Centro Gallego, transacción que él desde un principio daba por realizada por que, como decía:

—Lo aseguraban los «tramoístas».

Este amor por la región acabó por perder al confiado y candoroso «Maximinín». Había elegido para depositario de sus ahorros a un su paisano establecido en un café de aquellos alrededores, el cual se declaró en quiebra y despareció de la noche a la mañana, llevándose los depósitos de «Maximinín»—más de cuatrocientos pesos—y el de otros incautos por el estilo.

«Maximinín» ha seguido siendo el empleado activo y respetuoso de antaño; y continúa al presente prestando sus servicios en varios teatros y cines de esta capital, encargándose de llevar los programas a la sección de espectáculos públicos del Ayuntamiento, pagar los impuestos, sacar las licencias y otras gestiones similares. Se le empezó a llamar «Maximinín» porque, cuando muchacho, andaba siempre junto a Maximino Fernández, tenor cómico muy aplaudido, de la compañía de don José Palou, que trabajaba en «Tacón»; pero su nombre real, que conocen contadas personas, es el de José Camilo Cabaleiro. También cargaba de muchacho, paseándola por aquel escenario, cuando tenía dos o tres años, a la hija de don José y su esposa Carmen Ruiz, María Palou, la hoy aplaudida artista dramática que no ha mucho trabajó en el Teatro Principal de la Comedia, bajo la dirección de Felipe Sassone y cuando aún vivía su propietario Luis Estrada.

Cuando la bella y genial intérprete de tantas obras del teatro moderno—los Quintero, Benavente, Linares, Arniches—recibía una delirante ovación del público, «Maximinín», conmovido como un buen padre, le decía a los que se hallaban a su lado:

—No, si... es que hay que ver que...

bueno; ¡ya esto lo vaticinaban en «Tacón» los «tramoístas»!...

Muchas y buenas novedades se han sucedido en los teatros habaneros; infinitos actores han recibido en sus escenarios los homenajes de un público pleno de entusiasmo; se citan nombres y se recuerdan temporadas líricas y dramáticas en medio de las más calurosas frases de elogios; pero entre ése número crecido de excelentes recuerdos artísticos, sobresale y perdura el de una compañía que hizo época en los anales de nuestros teatros: la de zarzuela española, que allá por el año 89 funcionaba en el gran Teatro de Tacón, dirigida por el aplaudido barítono catalán don José Palou.

Esta compañía funcionó algunos meses; y siempre en viva competencia con la del mismo género que ocupaba, por la propia fecha, el teatro Albisu, de la que eran figuras principales el aplaudido y arrogante tenor mallorquín señor Massanet, el barítono Villareal, los hermanos Areu, y el bajo cómico don Alejandro Castro, que tanto se había hecho aplaudir de nuestro público desempeñando el «Cartuchera» de «Los sobrinos del capitán Grant». La competencia fué el origen del auge artístico a que llegó la compañía de Palou: la gloria artística fué suya; pero el éxito económico le correspondió a la compañía de Albisu. Esta compañía tenía de su parte, pudiéramos decir, el favor oficial, con la decidida protección que le brindaba el representante aquí en la Habana de la propiedad española, señor Modesto Bocce-

ta; pero la de «Tacón» tenía por parte de su director y empresario el citado barítono Palou, el firme propósito de vencer todos los obstáculos y gastarse el último centavo, ansioso de sumarse cuantos elementos artísticos de verdadero mérito se le presentaran; y así fué como llegó a tener el mejor y más completo elenco de zarzuela española que ha funcionado en la Habana... Y así fué como ello le costó al infeliz Palou, la salud, la paciencia y el dinero...

El público corría de Albisu para «Tacón»; y de «Tacón» para Albisu; y había partidarios de uno y otro teatro, que en esta época con seguridad hubieran llegado a arrojar hasta granadas de mano y bombas explosivas, que con tal enardecimiento defendían a sus ídolos respectivos. Un momento llegaron ambas empresas a disputarse seriamente la obra en tres actos titulada «Las hijas del Zevedeo», siendo el afortunado vencedor el Gran Teatro, sin otro resultado práctico que haberse dado a conocer en ella un modesto y oscuro artista, que más tarde fué la adoración del público habanero: el popularísimo y malogrado actor cómico «Pirolo»—José López—, hermano de Regino.

Se entablaron reñidas apuestas en el público por cuál de ambos teatros estrenaría la obra. Funcionó el cable submarino para ponerse las empresas en

contacto con los autores de aquélla, que residían en Madrid. La prensa diaria llenaba sus planas con interesantes y calurosas informaciones, bajo titulares como estos: «Tacón» se lleva «Las hijas del Zevedeo»; «Albisu no cede»; «Palou recurrirá a los tribunales»; «Azcue asegura llevarse el gato al agua», etc., etc. Era el tema candente del día en cafés, paseos, carritos urbanos y guaguas de Estanillo. Hasta que se estrenó la obra en «Tacón», y el público vió, desencantado, que más había sido el ruido de las nueces, es decir, que el Zevedeo tenía unas hijas que no valían la bulla que habían armado.

La compañía de Palou llegó a contar con cinco o seis artistas de gran cartel: Carmen Ruiz, esposa de Palou; la «Chole» Goizueta, la Quesada, Soledad Alvarez, la cubana Carmita Ruiz, que debutó con «Las campanas de Carrión» —una vocecita fina, delicada, como timbre de «boudoire»—, María Nalvert, la Padilla, la Gallardo, compañera de «Gutierrito», el tenor cómico entonces que, cargado de años y de recuerdos de teatros, falleció aquí en la Habana recientemente. Se le llamaba a «Tacón» el teatro de las siete tipes.

De hombres tenía los tenores Prats—el famoso Jorge de «Marina»—, Marimón, Varella, el galleguito, y el entonces contundente y definitivo Ricardo Pastor. El tenor cómico Maximino Fernández era el director de escena, y con estos elementos y las obras «Bocaccio», «Fatinitza», «Doña Juanita», «Tierra» «El Grumete»,



3

«Las hijas de Eva», «El Juramento» y otras obras grandes, lograba atraerse el público habanero. También aparecía en el cartel aquella célebre opereta «Campanone», que se reprisaba de continuo, para presentar una nueva tiple que se lucía en el rondó o un tenor que hacía estremecerse a las mismas diablás con sus calderones en el grandioso concertante; números todos que inmortalizaron a su autor el maestro italiano Mazza.

El gran Valentín González, actor que luego decayó bastante, dirigía la escena con Maximino Fernández.

Lo único que se echaba de menos era que aun no existía el Bataclán. De haber existido, el infeliz Palou no se hubiera arruinado, sino que, por el contrario, hubiera ganado muchísimo dinero. Ya que no lo ganó con las exquisitas voces de sus tipos, lo hubiera tenido a montones con las bellas formas de la Gallardo, de la Ruiz, de la Quesada, de la Nalvert, y, sobre todo, ¡ay!, con las de Carolina y Amelia Méndez, que los condenados «maillot» dibujaban de tan provocativa manera. Esta vez, amigo, viejo lector, se retrasó el progreso algunos años para nosotros.

Con el de la compañía de Palou se mezcla también el recuerdo de las temporadas de Grau, Mauricio, de la que pasamos a ocuparnos.

(Continuará el próximo domingo)

Gu
Jul, 17/38



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA